

DISQUISICIONES E IMPERTINENCIAS VARIAS (Segunda serie)

José Ramos

*Así he perdido mi vida, leyendo libros, mirando cuadros,
yendo al teatro, escuchando, pensando, escribiendo
sobre lo que más me agradaba.*

William Hazlitt (1778-1830), ensayista inglés

Las ilusiones se le caen a uno como plumas inútiles.
Vintila Horia: Dios ha nacido en el exilio (1960)

¿La ilusión? Eso cuesta caro.
Juan Rulfo: Pedro Páramo (1955)

1

Comprobamos a diario, dentro del irredento barrizal de la superchería ideológica (Jean-François Revel en *El conocimiento inútil -La connaissance inutile*, 1988- dice: “La ideología no depende en ningún caso de la distinción de lo verdadero y lo falso. Es una mezcla indisociable de observaciones de hechos parciales, seleccionados por las necesidades de la causa, y de juicios de valor pasionales, manifestaciones del fanatismo y no del conocimiento”), cómo los dogmas salvíficos de la “igualdad”, los delirios teóricos a diestra y siniestra, las recetas disolventes de la corrección política y las previsibles formulitas de saldo con los que se cobijan los charlatanes del más variado pelaje -políticos,

opinadores profesionales, educadores, “agentes sociales”, “intelectuales”, “trabajadores de la cultura”, etc.-, se estrellan uno tras otro contra el muro infranqueable de la inclemente y antipática realidad. Y no hay nada más frustrante que señora tan despiadada nos arruine una bonita y acariciante idea.

2

Otra vuelta de tuerca a la usual teoría del eterno retorno: el bípedo humano tropezándose, desde el principio inmemorial de los tiempos, dos veces con la misma y jodida piedra de siempre. Diríase que se trata de nuestro conmovedor signo de distinción -nuestro indeleble *hallmark of quality*- con respecto a los demás animales.

3

Buena parte de la juventud actual, acuciada (y acariciada) por el totalitarismo tecnológico, se define con absoluta nitidez por su dichosa y consentida condición robótica. Robótico su pensar, robótico su proceder, robótico su sentir, robótico su vivir. Robótica y maquinalmente humano. Esto es, robóticamente hablando.

4

De visita en la otrora cosmopolita ciudad de Shanghái. En un museo de arte. Contemplo con arrobamiento, desde hace unos minutos, una exquisita tetera de la dinastía Ming. Llega una señora presurosa, le saca una foto a la vetusta tetera con su teléfono móvil de última línea, y se marcha de inmediato. Una operación que duró dos fulgurantes segundos. La buena señora ni siquiera *miró* la tetera: el ojo impasible de su teléfono mágico se encargó de hacerlo por ella, con admirable precisión quirúrgica. En aquel instante especulé, con el debido pésame a toda nuestra dilatada tradición occidental de comprensión empírica

y cognoscitiva del mundo, que la percepción directa de la realidad, la mirada “natural” de las cosas (o los objetos artísticos), no será más que un simulacro ilusorio y vacío dentro de muy poco tiempo. O tal vez ya está ocurriendo ahora mismo.

5

De la primigenia y carnal celebración de la vida en el período paleolítico, expresada estéticamente -diríase que a modo de conjuro mágico-religioso- en la preciosa estatuilla denominada la “Venus de Willendorf”, hemos pasado a la jubilosa, histérica e insensata celebración de la muerte a través de la actuales Amazonas o Bacantes, clamando todas ellas por un desenfrenado y temible “derecho” al aborto. Sin embargo, estas postreras convulsiones ginecológicas no dejan de tener su estricta coherencia mítica y simbólica, ya que toda esa historia inmemorial *acontece* siempre en el generoso, imperativo, inexorable y abismal cuerpo femenino.

6

El bípedo humano, desde siempre tan necesitado de deidades o ídolos -un ser idólatra por naturaleza-, ha llegado al supremo sacrilegio de abjurar de sus viejos y anticuados dioses antropomorfos, hartos inclinados como eran a la ira justiciera, el castigo riguroso y los mandamientos inefables, para en su lugar entregarse -con mayor idolatría, si cabe a la adoración sin límites de la novedosa, omnipresente y omnipotente divinidad tecnológica. Otra idolatría fatal, como todas las anteriores.

7

Ahora, casi todo el mundo inclina su obediente y automática cabeza ante sus pantallas hipnotizadoras, en sus formatos variopintos, adorando al radiante y definitivo dios tecnológico. Un dios, para mayor

desgracia y humillación de las grandes religiones del Libro (Biblia, Torá, Corán), sin ningún parentesco conocido con el Ser Supremo que reveló Su divino nombre a Moisés desde los fogonazos de la zarza ardiendo: “Yo soy el que soy” (Éxodo, 2, 3). Este no era, después de todo, más un dios humano, demasiado humano, según dirá mucho tiempo después Nietzsche, el alucinado anunciador de la muerte de Dios. Pero, como bien sabemos, Él es siempre el *último* en reír (y Su peculiar sentido del humor no puede ser sino de condición inescrutable, jeje). Así pues, ¿por qué no concebir las milagrosas maravillas del victorioso tótem tecnológico como la *manifestación* final y más acabada de Su recóndita voluntad? Si tal como se lee en los Salmos, Dios está en todas partes, y Santa Teresa de Ávila por su parte vislumbró, en imagen un tanto gastronómica, que Dios está entre los pucheros, cabría afirmar hoy mismo que Él *vive* en las pantallas infinitas de los ordenadores, teléfonos móviles y demás artilugios mágicos, finalmente deificados a la mayor gloria del Señor. “Yo soy el que soy: Internet”.

8

Que el tempestuoso Yahvé (uno de los muchos seudónimos de *Él*) no tuviera la providencial perspicacia de entregar al bueno de Moisés un *iPad* o una *Tablet* en el sagrado monte Sinaí, en lugar de las pétreas, y ya por entonces arcaicas -acaso anacrónicas- Tablas de la Ley, constituye un desconcertante misterio teológico. Claro está que los sagrados designios de Dios son invariablemente inescrutables para la exigua comprensión de los desdichados bípedos humanos. Alabado sea por siempre el Señor todopoderoso, que todo lo sabe.

9

De visita en un célebre y bellissimo templo budista de Kioto, antigua capital imperial de Japón. Se invita muy cortésmente a los honorables visitantes a practicar la meditación profunda y el conveniente recogimiento espiritual, aunque todo indica que el ímprobo esfuerzo resultará infructuoso. A continuación, suenan tenues salmodias budistas, que resultarán, con todo rigor, incomprensibles para los altivos creyentes en otros dioses foráneos, casi siempre belicosos y estruendosos en exceso. Y al final de visita tan grata e instructiva, una vez en la inevitable tienda de *souvenirs* para solícitos turistas, los elevados precios disuaden severamente de cualquier tentativa para alcanzar el Nirvana bienaventurado.

10

En 2019, quinientos años después de la llegada de Hernán Cortés a las costas mexicanas para iniciar su prodigiosa gesta de conquista del imperio azteca, el Presidente de México exigió al Rey de España que “pidiera perdón” por “las violaciones a lo que ahora se conoce como Derechos Humanos”, supuestamente perpetradas por aquellos malvados conquistadores españoles. Tal despropósito no es más que otra vuelta de tuerca en el deplorable victimismo posmoderno y el jugoso negociado de las reivindicaciones retroactivas, con el fin de perpetuar la infame Leyenda Negra antiespañola y, de paso, justificar manifiestos fraudes ideológicos del presente. Esta novedosa sandez de pedir perdón a diestra y siniestra por hechos remotos del pasado, habría movido al afilado Cioran a exigirle el preceptivo perdón al mismísimo Dios -el culpable supremo de *todo*- por su insensata travesura de crear a un ser tan asolador y errático como el hombre, hecho arquetípico que se relata en esa absoluta obra maestra de la imaginación judía que es el Génesis (citemos de paso al agudísimo Oscar Wilde: “A veces pienso

que Dios creando al hombre sobreestimó un poco su habilidad”). El pensador rumano-francés nunca le perdonó al Altísimo esa ocurrencia irresponsable. No en vano, uno de los libros de Cioran se titula *Del inconveniente de haber nacido* (*De l'inconvénient d'être né*, 1973).

11

El inquisitorial movimiento “MeToo” y los feminismos radicales, los paladines de la “ideología de género”, los animalistas, los “veganos”, los histriónicos catastrofistas del “calentamiento global”, los celosos guardianes de la “corrección política”, entre otros, son todos -y todas- hambrientos tinglados de poder y sectas fanáticas típicamente estadounidenses que se exportan como virus, sin cuarentena alguna, al resto del mundo. En el fondo viscoso de todos ellos, late el hipócrita y venenoso puritanismo protestante de siempre (Fernando Savater habla de “la dictadura del puritanismo estupidizante con excusa feminista”), en contubernio impío con lo que Harold Bloom calificó certeramente como “la escuela del resentimiento”, esto es, un batiburrillo de tortuosas doctrinas filosóficas, sociológicas, psicológicas y literarias destiladas de los residuos teoréticos posestructuralistas y pseudomarxistas. Una alianza letal. Además, sus connaturales intereses económicos, políticos, culturales e ideológicos se asemejan no poco a una mortífera peste medieval. A modo de antivirus infalible contra semejante amenaza, leer -o releer- a Poe, Emerson, Whitman, Dickinson, Melville, Frost, Pound, Stevens, Marianne Moore, Faulkner, Hemingway, Fitzgerald, Bellow, Cheever, Roth, Bradbury, Lionel Trilling, George Steiner.

12

El idiota ubicuo, hipnotizado por su pantalla mágica: he aquí el auténtico -y actualizado- *Dasein* -el Ser-ahí- de Heidegger. Esto es, la venturosa persona abierta hacia el Ser infinito del ciberespacio, y abierta asimismo, con entrega conmovedora, hacia la insondable metafísica de la estulticia. Lástima que el filósofo alemán muriera mucho antes de que pudiera comprobarlo.

13

Un joven está sentado a mi lado en el metro de Taipéi, ha sacado su teléfono móvil de un bolsillo de su pantalón, ha revisado por breves momentos su correspondiente *Facebook* y lo ha guardado en el mismo sitio, acciones repetidas hasta dieciséis veces -las he contado- en el transcurso de una media hora de viaje. Un desquiciante ritual que no deja de ser el aciago síntoma de una nueva y desoladora epidemia, muy difícil de curar, y agresivamente contagiosa, a semejanza del actual virus corona o coronado (más conocido como “coronavirus”, haciendo honor al fatigoso servilismo universal hacia el todopoderoso idioma inglés). John Gray escribe en *Perros de paja. Reflexiones sobre los humanos y otros animales* (*Straw dogs: Thoughts on humans and other animals*, 2002): “El progreso técnico deja un único problema sin resolver: la debilidad humana de la naturaleza humana. Por desgracia, es un problema sin solución”. Por su parte, el cómico y pensador -él mismo no aclaró el orden preciso de sus ocupaciones- Groucho Marx (no confundir con otro Marx ilustre, que parece estar confinado en una prolongada y bien merecida cuarentena moral y política), dejó escrito: “Partiendo de la nada, hemos alcanzado las más altas cotas de miseria”.

14

Uno de los didácticos logros de los teléfonos móviles y las redes sociales: lo que antaño conocíamos como vida privada, va degenerando -no sin alborozo generalizado- en sórdida desvergüenza pública y en fatuo exhibicionismo narcisista. Una exaltación, en cierto modo pornográfica, de las presuntuosas y triviales particularidades mundanas. Pero consolémonos con este aviso del gran Voltaire: “La primera ley natural debería ser ésta: perdonarnos mutuamente nuestras tonterías”.

15

Los tontos idólatras de los prodigios (mi amigo el admirable poeta Salvador Tenreiro, refiriéndose a aquella macedonia intelectual que llaman “estudios posculturales”, ha ideado el estupendo término “milagrerías”) tecnológicos, nos machacan *ad nauseam* con la buena nueva de que ahora todos estamos más y mejor comunicados, más y mejor informados, más y mejor preparados. Y sin embargo, nunca como ahora habíamos estado más mediatizados, más sometidos, más alienados, más obtusos. Más idiotizados, en suma (Milan Kundera en su corrosiva novela *La despedida*, 1973: “La humanidad produce una cantidad increíble de idiotas”). En 1992, el sociólogo estadounidense Neil Postman -discípulo de Marshall McLuhan, el de la “aldea global” y “el medio es el mensaje”- publicó un libro profético titulado *Technopoly. The surrender of culture to technology (Tecnópolis. La rendición de la cultura a la tecnología)*, en el que ya advertía del poder ilimitado de la tecnología. Lo que él denominó Tecnópolis o Tecnopolio solo podía conducir a “una tecnocracia totalitaria”, ya que las máquinas “eliminan la complejidad, la duda y la ambigüedad” y “el ordenador redefine a los humanos como ‘procesadores de información’”. “La técnica -remacha Postman-, como cualquier otra tecnología, tiende a volverse independiente del sistema al que sirve. Se vuelve autónoma,

como un robot que deja de obedecer a su amo”. Vanas advertencias de un *postman* -cartero en inglés- a los inmensos rebaños de abducidos por el reluciente y victorioso Becerro de Oro.

16

Reflexión despiadada para nuestro desolador tiempo de pandemia: ¿qué sucedería si, algún día infausto, un destructivo e invencible virus tecnológico borrara TODA la información almacenada en TODOS los ordenadores, teléfonos móviles y el resto de archivos *virtuales* del mundo? Y no quedara ningún registro *físico*. Una catástrofe tecnológica -amén de económica, administrativa, política, militar, social, educativa, cultural, psicológica, etc.- ciertamente im-pen-sa-ble, ¿verdad?

17

A todos los letales pensadores utópicos y los biempensantes de un mundo mejor, deberían encerrarlos permanentemente en cómodos manicomios y privados de cualquier comunicación con el exterior, para que de este modo no continúen causando más daño a la sociedad. El único inconveniente para llevar a cabo labor tan beneficiosa y profiláctica, es que siempre existirán demasiados lunáticos de esos sueltos por ahí, por lo que no habría suficientes manicomios para alojar a sujetos tan peligrosos. Y no es para menos, porque más de cien millones de cadáveres los contemplan: las víctimas propiciatorias de las mejores intenciones utópicas y biempensantes. A propósito, escribe John Gray en *El alma de las marionetas* (*The soul of the marionette*, 2015): “El ser humano es el único animal que busca sentido a su vida matando y muriendo por sueños ridículos. Entre estas cosas absurdas destaca, en los tiempos actuales, la idea de una nueva humanidad”.

Una vez desplomada, con el obligado estrépito, la trágica utopía colectivista de la supuesta dictadura del proletariado, tras ingentes montañas de muertos liquidados por la gloriosa Revolución bolchevique, sus afligidos deudos corrieron a refugiarse en otros “colectivos” reconfortantes: si antaño eran los obreros y trabajadores, hogaño son las mujeres, los homosexuales, los ecologistas, los animalistas, los “hechos diferenciales de los pueblos”, etc. Joyitas totalitarias que no pueden ocultar su tenaz odio al individuo, al que es preciso reducir a la manada, al ganado, al rebaño obediente. Al arrullador “colectivo”. En una conferencia leída en Viena en 1932, el doctor C. G. Jung advirtió: “Las catástrofes gigantescas que nos amenazan no son sucesos elementales de naturaleza física o biológica, sino sucesos psíquicos. En pavorosa proporción nos amenazan guerras y revoluciones, que no son más que epidemias psíquicas. A cada momento, millones de hombres pueden caer en la locura y tendremos de nuevo una guerra mundial o una asoladora revolución”. Unos meses después, en 1933, con un tal Adolf Hitler recién nombrado Canciller Imperial de Alemania, Jung dirá en otra conferencia: “El hombre colectivo amenaza con sofocar al individuo”. Y, claro está, nadie le hizo ni puñetero caso. Ante tal panorama, y en paralelas coordenadas espirituales, recuérdese siempre *Rebelión en la granja* de Orwell: todos los hombres son iguales, pero hay unos pocos más iguales que otros. Y también *El cero y el infinito* (*Darkness at noon*, 1940), la muy didáctica novela de Arthur Koestler: “El infinito era una cantidad políticamente sospechosa, el Yo, una cualidad sospechosa. El Partido no reconocía su existencia. La definición del individuo era: una multitud de un millón dividida por un millón”.

19

Sobre maximalismos feministas. A propósito de la mal llamada “violencia de género”, en España las feministas extremas exigen que cesen definitivamente -¿acaso es eso posible?- los asesinatos (trivializados en la mayoría de los casos con la vaga y equívoca etiqueta de “machistas”) de mujeres a manos de hombres, valiéndose de eslóganes demagógicos tales como “Ni una muerta más” o “Ni una menos”. Esto es como exigirle a la naturaleza que no produzca más terremotos, tifones y demás desastres *naturales*. O intentar convencer a los voraces leones de que no devoren a las infortunadas cebras y gacelas, y se sometan en cambio a una saludable dieta vegetariana. Diríase que no son más que exigencias candorosas, pues se trata de un desconocimiento pasmoso de la errática condición humana. No pueden comprender sus bien peinadas cabecitas, engatusadas como están por la morralla ideológica correspondiente, la implacable evidencia de que siempre existirá una cantidad determinada de hombres -y mujeres, aunque desde luego en menor número- que maten a una cantidad determinada de sus semejantes: todo se reduce, como bien dijo el camarada Stalin, experto conocedor de la materia, a un simple problema de estadística. Porque la nítida naturaleza humana, sin distinción alguna de sexos, razas o ideologías, permite, con total generosidad, que existan cantidades determinadas de una amplia variedad de criminales, así como también de suicidas, celosos, mentirosos, ladrones, estafadores, corruptos, malvados, tontos o idiotas (de *diversos* sexos, claro). *Sic transit gloria mundi*.

20

Dignidad, decencia, decoro, discreción: palabras -y las acciones que conllevan- devaluadas, degradadas y difuminadas del devastado código de conducta actual. Palabras ya desterradas que comienzan

con la letra d, como duda, demonio o Dios. Desventurada demolición y derrota definitiva del don del discurso.

21

En una vieja tira cómica de Mafalda, la inolvidable niña preguntona creada por el genial Quino, ella lee en el periódico el “Pensamiento de día”, que corresponde esa fecha a Diógenes (llamado “El Cínico”, aquel sabio griego que iba por la calle con su lámpara “en busca de un hombre honesto”): “Mientras más conozco al hombre, más quiero a mi perro”. Acto seguido, Mafalda se afana en buscar -afán infructuoso- no sabemos qué en ese mismo periódico, y acaba preguntándose (preguntándonos), decepcionada: “¿Y dónde está la opinión del perro?” Hoy cabe ponderarla como una pregunta, de indudable espesor epistemológico, digna de magníficos cascarrabias como Schopenhauer, Nietzsche, Unamuno o Cioran, y la cual supone, asimismo, una suerte de genuino reclamo contra ciertas construcciones *dialécticas* harto narcisistas y autosuficientes, causantes de no pocos males al bípedo humano, ese incauto incorregible.

22

Hace no muchos años (2014), George Steiner dijo: “El silencio se ha convertido en lo más caro y lujoso del mundo”. Estamos en febrero de 2020, el sabio Steiner acaba de morir. Dado el mundo en el que ahora nos toca vivir, y no por contradecir al autor de *Lenguaje y silencio* y *Presencias reales*, apenas cabe balbucear que el silencio ha mutado en otra palabra ruidosa, dentro del monstruoso ritual diario del ruido que nos avasalla a todos por igual. Invoquemos en este punto al siempre imprescindible San Juan de la Cruz (o, más simplemente, el fraile Juan de Yepes, de la Orden de los Carmelitas Descalzos): “la música callada, / la soledad sonora”. Pero, ¡ay!, esas son palabras asaz incom-

prensibles para gentes unánimes que ignoran -o desprecian, o quizás *temen-* toda la facultad recriminatoria y reveladora del silencio. Y así, al igual que casi todo, en nuestro tiempo “lleno de ruido y furia”, como dijo el trágico Macbeth creado por Shakespeare.

23

Un clásico cinematográfico de Hollywood fechado en 1939, nos presta dos tercios de su célebre título para una película del género catástrofe -o más bien del género terror- que valdría como sinopsis del tiempo que vivimos (o padecemos) en 2020: *Lo que el coronavirus se llevó (Gone with the Coronavirus)*.

24

Año del Señor de 2020. En tiempo de pandemia del virus corona/coronado comprobamos, una vez más, que la ignorancia, la negligencia, la irresponsabilidad y la estupidez suelen ser tan mortíferos como el mismo virus. Diríase que son los Cuatro Jinetes del Apocalipsis, acompañados por el burro ciego y enajenado del delirio ideológico.